

Estados Unidos y América Latina después del 11 de septiembre

Por Irene ZEA*

LA CAÍDA DEL MURO DE BERLÍN en noviembre de 1989 toma por sorpresa no sólo a Carlos Fuentes, sino a todo el mundo. Todos celebran el suceso. Lo inaudito, lo inesperado se convierte en regla: el fin del conflicto Este-Oeste, la cooperación compartida Norte-Sur, la reunificación de las dos Alemanias, la caída de los dictadores comunistas de la Europa central, los cambios internos de la Unión Soviética y, sobre todo, en palabras del escritor mexicano “el paso de una estructura bipolar a otra multipolar: muchos centros, no sólo dos; muchos rostros, muchas culturas, muchas soluciones, no sólo dos”.¹

América Latina no escapa del contexto esperanzador del fin de la Guerra Fría. Con pocas excepciones transita hacia la democracia, adopta el libre comercio y le da la bienvenida al proyecto de George Bush: la “Iniciativa de las Américas”. Programa económico apoyado en tres ejes principales: comercio, inversión y deuda. Estados Unidos como socio deja de ser el mandamás de la región. El futuro se planea por acuerdo. Por fin, el hemisferio occidental en su conjunto deja atrás los ingratos años de la “década perdida” y se encamina hacia una existencia de mayor tranquilidad.

Los terribles ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001, en Nueva York y Washington, sacuden por igual al mundo entero. Otra vez lo inaudito, lo inesperado, el asombro nuevamente. Estados Unidos, incrédulo, impotente, rabioso, arremete por doquier. Para muchos, el futuro ha quedado cancelado. Carlos Fuentes, no tarda en expresar su desencanto: “De la Guerra Fría entre dos superpotencias, hemos pasado a la paz caliente. El nuevo alineamiento de fuerzas no fue el que, con optimismo, se previó entonces: un mundo ‘multipolar’. Vivimos en un mundo unipolar, dominado por un solo poder, Estados Unidos de Norteamérica”.²

De este modo, si el colapso de una estructura, el Muro de Berlín, marca el principio de la posguerra fría, el colapso de otra estructura, el

* Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México

¹ Carlos Fuentes, “La situación mundial y la democracia: los problemas del nuevo orden mundial”, ponencia en el *Coloquio de Invierno*, 10 de febrero de 1992, Auditorio Alfonso Caso, Ciudad Universitaria, México.

² *Ibid*

World Trade Center, marca su fin. Principio y fin. Fin del siglo xx, principio del siglo xxx. Siglo que reafirma la era del llamado "Imperio Americano". En efecto, los acontecimientos terroristas del 11 de septiembre del 2001 modifican sustancialmente la geopolítica mundial. En este cambio, Estados Unidos, como potencia hegemónica en el ámbito militar, económico y político, ocupa el centro y el resto de los países pasa a la periferia.

El "imperio solitario", como alguien lo llamó, hace de la lucha contra el terrorismo el tema central de su política mundial. La seguridad internacional se coloca en la línea frontal de todos los países, sin importar poder o condición físico-geográfica.

Así, Estados Unidos, como país propenso a batallas moralistas entre el bien y el mal, herencia de su tradición puritana, emprende su Cruzada.³ Era necesario vengar a las víctimas del brutal terrorismo con la más brutal represión. El victimario convertido ahora en víctima tiene amnesia: Cuba, Dominicana, Haití, Hiroshima, Nagasaki, Corea, Vietnam, Granada y Panamá, meros incidentes: consigna en el olvido. Por ello, limpiísimos, purísimos, el terrorismo se atribuye siempre al otro. Visión etnocéntrica de la historia: no yo, sino tú, eres el atrasado, el fanático y el bárbaro. En un alineamiento obligado para todos, el mundo "civilizado" se pone de su lado. Bush sentencia: "Cada país, cada región, deberá decidir ahora. O está con nosotros, o está con los terroristas. Desde hoy, todo país que continúe dando refugio o apoyo terrorista será considerado por Estados Unidos un régimen hostil". Arbitraria definición del terrorismo que abarca todo: desde un oscuro grupo de "fundamentalistas islámicos" hasta la lista "made in USA" de "Estados villanos".⁴

Estados Unidos, en América Latina, tiene sus villanos favoritos: Castro en Cuba, Chávez en Venezuela y la guerrilla en Colombia. Con el resto, aparentemente no hay problema. Sin embargo, la respuesta inmediata de la región a los atentados es titubeante y contradictoria. Así México, cauteloso, dice no a las medidas unilaterales, cuestionando la pronta disposición de su canciller. Brasil, a su vez, pone el acento en las causas que llevan al terrorismo, señalando por delante la pobreza y la injusticia. Finalmente, Venezuela reta a Washington pidiendo pruebas de la autoría de Osama bin Laden en el llamado "martes negro". Pero, con todo y sus resquemores, América Latina termina apoyando a

³ Augusto Zamora, "Sospechosos podemos ser todos", en Noemí Ramírez y Miguel A. Rozas Pashley, eds., *El día de la infamia*, Madrid, La Esfera, 2002, p. 166

⁴ David Slater, "Política de la memoria y estados terroristas", *Nueva Sociedad* (Caracas), núm. 177 (enero-febrero del 2002), pp. 60-65.

Estados Unidos. Según parece, no tiene alternativa. En una relación de “amor y odio” se teme y admira a la Nación del Norte. La detesta por su política hemisférica pero le son caras sus instituciones y valores libertarios. Por ello, a iniciativa del presidente brasileño Fernando Henrique Cardoso se reúnen en Washington los cancilleres americanos pertenecientes a la OEA para dar una respuesta hemisférica al terrorismo.⁵ El Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) conocido como el Tratado de Río, vieja herencia de la Guerra Fría, recibe el repentino indulto a su casi segura pena de muerte. México, el mismo que lo había repudiado días antes, es solícito para organizar dentro del mencionado organismo regional un consenso general de apoyo a las medidas militares emprendidas por Estados Unidos en Afganistán. Propuesta mexicana en entera contradicción con su tradicional postura pacifista.

El respaldo otorgado por los vecinos al sur de su frontera es más que suficiente. Washington se puede dar por bien servido. Desde la perspectiva estadounidense, la reactivación del TIAR no obedece a una necesidad de tropas o de apoyo militar por parte de la región, sino a la “obligación de participar (de los países miembros) en la defensa común americana” contra la “amenaza terrorista”. Es decir, se trata de dar legitimidad a una acción tomada de antemano.

En cierta medida, el unilateralismo asumido por Estados Unidos en su represalia a los talibanes, con el desproporcionado y bestial castigo para el pueblo de Afganistán, significa un alivio para América Latina. A sus pesadillas financieras, fiscales y económicas no había tenido que sumar el costo de una guerra. Costo que complicaría severamente la estabilidad de al menos la mitad de los gobiernos latinoamericanos.

No obstante lo anterior, el panorama hemisférico americano se modifica, como consecuencia de los ataques terroristas del 11 de septiembre del 2001. Peter Hakim, presidente del Diálogo Interamericano, es enfático al respecto: “Todos los países tendrán que pagar un precio”. En primer lugar, América Latina deja de ser prioritaria para Estados Unidos. Se vuelve al esquema de alianzas tradicionales con Europa. Y, en segundo lugar, se sobrevaloran los aspectos de seguridad hemisférica por encima de los problemas sociales y económicos del continente.⁶

América Latina, por cuestiones puramente geográficas, resiente en mayor medida el ataque a Estados Unidos. Aquella mañana del 11 de

⁵ Carlos Malamud, “América Latina después del 11 de septiembre”. *Revista de Occidente* (Madrid), núm. 246 (noviembre del 2001), pp. 86-98

⁶ Guillermo Medina, “América Latina en la marea del 11 de septiembre” *Política Exterior* (España), núm. 85 (enero-febrero del 2002), p. 156.

septiembre, consignada como el “día de la infamia”,⁷ todo el continente americano, al igual que el resto del mundo, queda petrificado. De la noche a la mañana otras son las prioridades. No hacía mucho, el presidente George Bush, padre, había bautizado este siglo como el “siglo de las Américas”. Vencedor indiscutible de la Guerra Fría, Estados Unidos se encuentra en franca desventaja con respecto a los bloques comerciales conformados por la Comunidad Económica Europea y por la Cuenca del Pacífico. El hemisferio occidental se presenta así como la gran oportunidad, concibiéndolo como un gran espacio de dominación incontestada en términos de expansión de sus mercados, de inversión de sus capitales y de suministro seguro de materias primas para su industria.⁸ Motivado por intereses puramente económicos, Estados Unidos privilegia la relación con América Latina. La administración republicana de George Bush hijo, por cierto clasificado como el peor presidente en la historia,⁹ encuentra gran afinidad política con el nuevo mandatario mexicano, Vicente Fox. A México le toca el honor de ser el primer destino en el extranjero del reluciente mandatario estadounidense, y cuando Fox es huésped de la Casa Blanca encuentra buena acogida a su propuesta temeraria de fronteras abiertas no sólo a mercancías, sino también a la libre circulación de trabajadores migratorios.

No sólo México, el entusiasmo de Bush por la región se refleja en infinidad de maneras. Aparte de sus varios encuentros con sus contrapartes latinoamericanas, muestra su deferencia con su entusiasta participación en la Cumbre de Quebec en abril del 2001. El comercio interregional es sumamente promisorio. El *fast track* concedido a Bush le permite realizar acuerdos comerciales sin previa autorización del Congreso.¹⁰ Para América Latina, las nuevas condiciones del fin de milenio permiten realizar un viejo sueño, el de su incorporación a la modernidad, de la que son motores Europa occidental y Estados Unidos.¹¹

⁷ Rosa Regás, “El día de la Infamia”, en *El día de la infamia, análisis y reflexiones sobre el 11-S*. Madrid, La Esfera, marzo del 2002, pp. 21-23

⁸ Carlos Antonio Aguirre Rojas, “El macartismo planetario”, *La Jornada*, México, 10 de julio del 2002

⁹ Carlos Fuentes, “El peor presidente”, *El Nuevo Diario* (Managua), 30 de abril del 2001

¹⁰ Michael Shifter, “A shaken agenda: Bush and Latin America”, *Current History* (Philadelphia) (febrero del 2002), pp. 51-57

¹¹ Leopoldo Zea, *Fin del siglo XX ¿centuria perdida?* México, FCE, 1996 (*Tierra Firme*), p. 61

Situación que cambia, drásticamente, con los acontecimientos del 11 de septiembre. Como se afirmó líneas arriba, la urgencia económica queda relegada y aquel enemigo difuso, sin rostro, que viene a ocupar el lugar de la Unión Soviética, toma forma: es el terrorismo. Este nuevo enemigo, al igual que el viejo, el comunismo, puede ser todo. Basta con que ponga en entredicho la autoridad del Imperio, lo cuestione o estorbe a sus fines. En síntesis, se aprovecha la tragedia para ajustar cuentas pendientes y afirmar la hegemonía estadounidense en el mundo.¹²

De esta manera, Washington privilegia la búsqueda de alianzas políticas por sobre los procesos de integración continental y estrategias de desarrollo, impactando negativamente a las economías de toda la región. Los estragos se hacen sentir por doquier. Entre las más afectadas se encuentran, por la baja del turismo, las economías caribeñas como Santo Domingo y Cuba; aquellos países receptores de remesas del exterior, como El Salvador y Nicaragua; y las economías de mercados emergentes, como Chile y Argentina. Igualmente lo resienten por falta de flujo de capital potencias medias como Brasil y México. El Banco Mundial, a su vez, expresa en cifras el alcance de la desaceleración de las economías de América Latina, prediciendo un crecimiento de menos de 0%. Finalmente, la misma recesión de Estados Unidos provoca un resurgimiento del nacionalismo, que en términos económicos se traduce en la aplicación de medidas proteccionistas. Así, la retórica para salvaguardar el acero estadounidense afecta seriamente a las exportaciones provenientes de Argentina y Brasil. Irónicamente, el libre mercado, tan defendido después de la Guerra Fría, no encuentra acomodo en la nueva era: las barreras para obstaculizar el libre comercio se multiplican.

En el terreno político, las fronteras vuelven por sus fueros. Luego de los devastadores atentados al World Trade Center y al Pentágono, las voces que clamaban por fronteras abiertas son acalladas. En el tema migratorio, las consideraciones sobre seguridad anulan las consideraciones de tipo humanitario. La idea de armonizar las fronteras tomando en cuenta las necesidades económicas y políticas del país vecino se viene abajo, junto con medidas de esfuerzos por parte de Bush y Fox para llegar a un acuerdo migratorio.¹³ Terrorismo se liga a seguridad, seguridad a inmigración, inmigración a amenaza, amenaza a

¹² Fawaz A. Gerges. "La hora de saldar cuentas". *New York Times*. 8 de octubre de 2001

¹³ Peter Andrcas, "La redefinición de las fronteras estadounidenses después del 11 de septiembre", *Foreign Affairs en Español* (México), vol. 2, num. 1 (primavera del 2002), pp. 165-167

xenofobia. Así, la horda de migrantes del Tercer Mundo representa una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos. Antes eran bienvenidos, ahora construyen muros para contenerlos.

El progresivo sellamiento en las fronteras entre México y Estados Unidos, en aras de la seguridad nacional, repercute en una gran contención de ilegales, procedentes de América Central y de la región andina. Todo ello se conjuga con la visión del migrante como un *alien*, término que en inglés quiere decir "extraterrestre". La misma situación del migrante como marginal en la sociedad estadounidense lo hace víctima de prácticas racistas y xenofóbicas, bajo el amparo de la ley.¹⁴ La violación a los derechos humanos por parte de las autoridades migratorias, que alguna vez se pensó se podía contener y hasta castigar, ahora florece con toda impunidad.

i la primera fase de la guerra global contra el terrorismo, la ofensiva militar, se ubica en Afganistán, la segunda fase, la erradicación del terrorismo, incluye a todo el hemisferio occidental. En un informe elaborado el 2001 sobre el terrorismo, el Departamento de Estado señala a América Latina como la región del mundo con "el mayor número de ataques terroristas en comparación con el año anterior". Se consigue este puesto en el *ranking* gracias al incremento de la actividad de los grupos guerrilleros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia y el Ejército de Liberación Nacional, en Colombia, y Sendero Luminoso y el Movimiento Tupac Amaru, en Perú. De hecho, al menos 10 grupos terroristas ligados a Osama bin Laden operan en América Latina. La revista *Cambio* da cuenta de "estrechos contactos" (para suministro de armas) entre las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el grupo de Hezbolá en la zona de la triple frontera entre Paraguay, Brasil y Argentina, en donde viven más de 12 000 personas de origen mulsumán. En otro incidente, el cónsul de Paraguay en Miami es arrestado bajo la acusación de haber vendido 16 visas a ciudadanos de origen libanés, sirio y egipcio, y en Brasil detienen a Hassan Mohamed, acusado de participar en los atentados de Luxor.¹⁵

o obstante la constatación de América Latina como plataforma de redes terroristas, el eje de la política exterior estadounidense se ubica, principalmente, en Cuba, Venezuela y Colombia. A cada una de estas naciones, según el peligro que representa, Washington las va a combatir sin consideración alguna.

¹⁴ *Ibid* pp 168-169

¹⁵ Medina, "América Latina en la marea del 11 de septiembre", p. 162

Con Cuba se tienen cuentas pendientes: durante la Guerra Fría no ha podido derrotarla, pese a la ofensiva de toda índole, mantenida por más de cuatro décadas. Desaparecido el comunismo, no hay de que acusarla y en la lógica de la nueva Guerra Fría el terrorismo viene a ser la solución. Con este enfoque, Cuba pasa a ser no sólo un régimen totalitario, sino también un Estado "patrocinador del terrorismo internacional". Junto con Irán, Iraq, Siria, Libia, Corea del Norte y Sudán. Para justificarlo, se denuncian sus nexos con la guerrilla colombiana y se recuerda el amplio apoyo otorgado a los insurgentes nicaraguenses y salvadoreños en las décadas pasadas. También se culpa a Cuba de fabricar agentes bioquímicos en once plantas distribuidas a todo lo largo de la isla.

Al respecto, la política de Washington se encamina a reforzar el embargo económico y aislarla de la comunidad internacional. Para tal fin se diseña una estrategia que tiene como objetivo cortarle a La Habana toda fuente de financiamiento externo, logrando del Banco Mundial y del Fondo Monetario Internacional el compromiso de no dar préstamos a Estados patrocinadores del terrorismo. Medida insuficiente si no se logra la total incomunicación de la Isla, truncando sus ya pocos contactos diplomáticos. La defensa de los derechos humanos es el pretexto para condenar al odiado gobierno de Fidel Castro. La Casa Blanca, en su afán por conseguir los votos necesarios para condenar a Cuba en la Comisión de Derechos Humanos, en Ginebra, fuerza a Uruguay a presentar la iniciativa y negocia bajo chantaje con los gobiernos más precarios y corruptos de la región. De igual manera, obliga a México a dar un giro de 180 grados en su tradicional política exterior. México no sabe mantener la simetría: condena a Cuba por la violación de derechos humanos, pero se olvida de consignar al principal infractor: el embargo impuesto por Estados Unidos a la Isla.

De esta manera, la reafirmación del bloqueo económico por parte de Washington, junto con la recesión económica mundial y las secuelas propias del 11 de septiembre, arrastran a Cuba a la peor crisis de su historia, desde la desaparición del bloque socialista. En aquel entonces, Cuba sufre una caída de 35% del PIB y se queda sin 85% de sus mercados y suministros. Ahora, con los ataques terroristas, su principal fuente de ingresos, el turismo, tiene un fuerte descalabro y los precios del petróleo se elevan sensiblemente, repercutiendo negativamente en su economía. Ello es grave, pues Cuba gasta aproximadamente 1 000

¹⁶ Mauricio Vicent, 'Cuba entra en situación límite' *El País* (Madrid), domingo 16 de junio del 2002.

millones de dólares, cerca de la tercera parte de sus recursos, para importar el crudo.¹⁶ La situación se agrava todavía más por la disminución de las remesas del exterior y por el diferendo con México, segundo socio comercial de Cuba en América Latina. Según un funcionario cubano, “Cuba es más isla que nunca”. Al distanciamiento con México, único país en el hemisferio que no rompe relaciones con La Habana durante la década de los setenta y cuya relación está próxima a cumplir cien años, se añaden las 47 horas que pasa Hugo Chávez fuera del poder en Venezuela. Este país es hoy el primer socio comercial de Cuba en el mundo, además de suministrarle a la Isla una tercera parte del petróleo que consume, en condiciones preferenciales.

Venezuela sigue a Cuba en la óptica del Departamento de Estado. Aunque este país no está catalogado como “patrocinador estatal del terrorismo”, su presidente Hugo Chávez se ha convertido, desde su elección en diciembre de 1988, en uno de los críticos más severos de Estados Unidos.

Chávez critica a Estados Unidos y de él molestan muchas cosas. Le molestan sus amistades, es amigo de quienes Washington considera enemigos: del iraquí Saddam Hussein, del libio Muammar Gaddafi, del cubano Fidel Castro, de la guerrilla colombiana comandada por Manuel Marulanda, *Tirofijo*, y del terrorista más buscado antes de Osama bin Laden, Ilich Ramírez Sánchez, más conocido como *Carlos* o *El Chacal*, a quien Chávez se dirige como “distinguido compatriota”. Le molesta también su actitud bolivariana, en lugar de la globalización defiende la integración, ésta con el Tercer Mundo, y como miembro activo de la OPEP pone en entredicho a las grandes potencias que quieren lucrar con el precio del petróleo, y, por último, molesta sobremanera cómo habla Chávez, sin comerse las palabras y llamando al pan, pan y al vino, vino. Así, sin preámbulos, pide el retiro inmediato de la misión militar del Pentágono en Caracas y acusa a Estados Unidos de combatir “terrorismo con terrorismo” por el bombardeo en Afganistán y por la muerte indiscriminada de víctimas inocentes. Estas últimas declaraciones motivan el retiro de la embajadora de Estados Unidos en Caracas, Donna Hrinak.¹⁷

Tensas las relaciones entre Caracas y Washington, éste no se resiste a su deseo de derrocar a Chávez. Al respecto, hay un chiste: ¿Por qué los Estados Unidos nunca han tenido un golpe de Estado? La respuesta: porque no cuentan con una embajada estadounidense. La idea de echar

¹⁷ Enric González, “EE UU acusa a Hugo Chávez de no colaborar en la lucha antiterrorista”, *El País* (Madrid), jueves 7 de febrero del 2002

a Chávez del poder no es nueva. Por primera vez se hace pública el 28 de diciembre del 2000, en un editorial del *New York Times*. En esa ocasión se hace patente la peligrosidad de Chávez y se discute la manera de eliminarlo. Al año siguiente, el 17 de octubre del 2001, poco después de los atentados terroristas, el mismo diario reporta que “teóricos y expertos políticos” esperan, de un momento a otro, un golpe de Estado en Venezuela.

Así, el golpe, cuidadosamente preparado y largamente esperado, se hace sentir el 11 de abril del 2002. La vía elegida por Washington para derrocar a Chávez recuerda en mucho al episodio de Bahía de Cochinos, que tiene lugar durante la administración de Kennedy. En aquella ocasión, la operación falla porque no se cuenta con el apoyo popular. Esta vez se lucra con el descontento generalizado entre la población por las reformas bolivarianas emprendidas por el régimen revolucionario, que habían afectado principalmente a la clase alta y a los intereses petroleros.

Como en aquella ocasión, el cálculo vuelve a fallar. A pesar de la “solidaridad de Estados Unidos con el pueblo venezolano” y el deseo de ayudar a “todas las fuerzas democráticas de Venezuela para asegurar el ejercicio pleno de los derechos democráticos”, la intriga de Washington queda al descubierto. Justo 24 horas después del golpe, Hugo Chávez está de vuelta en el poder: una sublevación popular restituye el orden constitucional quebrado.

La ofensiva interna contra Chávez, perfectamente orquestada, se da simultáneamente con una embestida militar contra las FARC en Colombia. Irónicamente, al momento en que las Torres Gemelas caían en Nueva York, 17 ciudadanos colombianos perecían a consecuencia de un ataque terrorista. La violencia vuelta cotidiana no llamaba la atención en un país sumido en una guerra civil por más de cuatro lustros. Un guerra civil librada por cuatro actores: dos grupos guerrilleros, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el Ejército de Liberación Nacional (ELN, una amplísima red paramilitar de derecha) las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y el Ejército, que la mayoría de las veces actúa por cuenta propia, comportándose como una fuerza irregular más. Los tres primeros grupos, por su probado nexo con el narcotráfico, pronto pasaron a formar parte de los países terroristas considerados como una amenaza a la seguridad nacional de Estados Unidos.

Antes del 11 de septiembre, la ayuda militar prestada por Washington para combatir a la guerrilla es relativa. Se puede entonces avanzar en el proceso de paz, haciendo concesiones y reformas. Es

decir, se aplica el diálogo. Como muestra de buena voluntad se entregan a las FARC 42 mil kilómetros cuadrados. El objetivo es poder asimilar gradualmente al sistema a la guerrilla más antigua de las Américas.¹⁸

Después del 11 de septiembre, la estrategia cambia. En lugar de favorecer una salida negociada se opta por el camino de la fuerza. El apoyo de Estados Unidos al llamado Plan Colombia refuerza la postura militar. Al hacer la embajadora de Estados Unidos en Colombia, Anne Peterson, una comparación de las guerrillas colombianas con la organización terrorista de Osama bin Laden, la suerte está echada. Con el mismo rigor se ha de tratar al “terrorista” y al “guerrillero”.

Para pronto, el 20 de febrero del 2002, el gobierno colombiano decide romper toda negociación con las FARC e invadir la zona de distensión que tres años antes les había asignado. Con esta acción cambia radicalmente el escenario colombiano donde “el proceso de paz va siendo reemplazado por el nuevo giro hacia la confrontación armada antiterrorista que viene propiciando la Casa Blanca a nivel global”.¹⁹

Por su misma naturaleza, el conflicto colombiano puede convertirse a largo plazo en un escenario de acción prolongada y duradera de Estados Unidos, sin descartar la acción militar directa, acción que Francis Taylor, coordinador de la lucha contra el terrorismo en el departamento de Estado, no desechó, al declarar: “La estrategia para América Latina es la misma para el resto del mundo: emplear todos los medios de la potencia de Estados Unidos en los servicios de inteligencia, la diplomacia, el desmantelamiento de las finanzas (de los terroristas) y el uso del poderío militar, como en Afganistán”.²⁰

Indiscutiblemente una acción militar directa por parte de Estados Unidos afectaría seriamente el equilibrio político, económico y social de América Latina, regresándola de nueva cuenta a los años de la Guerra Fría cuando, en aras de una confrontación ajena, le tocó poner los muertos.

Paradójicamente, en una inmensa cantidad de latinoamericanos, el 11 de septiembre recuerda a otro duelo, hace 28 años, otro martes, cuando Chile perdió la democracia en un golpe militar incitado y auspiciado por el mismo de siempre: el país del Tío Sam.

¹⁸ Issac Bigio, “El ataque a las FARC”, *Venezuela al día*, Caracas, 23 de mayo del 2002.

¹⁹ *Ibid*

²⁰ Jo Ann Kawell, “Terror’s Latin American profile”, *NACLA*, vol XXXV, núm (noviembre-diciembre del 2001), p. 51